



# Aquarius

*Silvio Schachter*

Frente a la playa, en el barrio de Boa Viagem, en la ciudad de Recife, un edificio de tres plantas construido en los años 40, que ya dejó atrás sus mejores días, es el escenario y el objeto del conflicto que el director-autor Mendonça Filho plantea como una metáfora del Brasil actual. La resistencia de un modo de vida, unido y centrado en la comunidad, donde moran los recuerdos y los afectos, frente a la voracidad de la corporación que solo responde a sus instintos empresariales, con bolsillos profundos y un mínimo respeto por las consecuencias humanas.

*Aquarius*, el segundo largometraje de Mendonça Filho, lleva el nombre del edificio que ha sido comprado por la emprendedora Bomfin, para construir una torre de acero y vidrio, todo menos el departamento de Doña Clara y entre ellos se establece el conflicto que es el nudo argumental de la película.

Frente a la avasallante época de la tecnología y la globalización, *Aquarius* es un sobreviviente, igual que Doña Clara, que decide defender su espacio en un mundo donde el dinero habla más alto que cualquier otra cosa, donde el progreso sin sentido es vendido como inevitable y esencial como una forma de en-

mascarar el negocio inmobiliario.

Es también el conflicto entre dos generaciones y modos de ver y sentir la vida. Diego es el joven heredero de la empresa, quien armado de sonrisa apacible, utiliza todos los recursos aprendidos en su licenciatura en EEUU para persuadirla de vender, para que allí se materialice su proyecto, el Novo Aquarius, una torre brillante y sin alma. Ante la negativa de la última y única residente, todos los otros vecinos aceptaron, cobraron su dinero y se fueron, la presión aumenta y la forma cordial va dejando paso al acoso y la agresividad, transformando su departamento en un lugar sitiado.

El conflicto avanza lentamente a través de una acumulación de detalles cuidadosamente observados; Mendonça los usa para construir el retrato en varias capas de una sociedad atravesada por la corrupción y la desigualdad, dominada por el coronelismo, el nepotismo de una clase que ha echado raíces en los lugares de poder.

El film desarrolla con nitidez una de las múltiples facetas del fenómeno que se conoce como gentrificación, que como un cáncer urbano corroe las ciudades, una patología alimentada por un sistema que se nutre de las ansias consumistas y se sostiene en el prag-

matismo del progreso y la puesta en valor. Ese paisaje trasciende Recife y puede ser encontrado en cualquiera de las grandes ciudades latinoamericanas.

¿Qué es lo que hace que un departamento sea tu hogar? Buenos recuerdos, estanterías repletas de libros y discos amados, fotografías y cuadros, mucha vida transitada entre esas paredes. ¿Qué es lo que hace que una urbe sea tu ciudad? Su historia y la tuya entrecruzadas, los rincones donde vivenciaste amores y desencuentros, donde tejiste lazos de amistad, solidaridad y compromiso social, un espacio donde reconoces una iconografía física y simbólica que la vuelve querible y familiar. El microcosmos de Aquarius refleja estas emociones y significados y los vuelve universales, por eso genera tanta empatía la batalla asimétrica de Doña Clara.

Es un filme político; el director lo ha expresado sin eufemismos en varias entrevistas y en la presentación de la película en el Festival de Cannes, donde comparó simbólicamente su contenido con el golpe que destituyó a Dilma Rousseff: la democracia vaciada detrás de consignas huecas como "orden y progreso". El precio que pagó fue la eliminación de Aquarius a las candidaturas al Oscar por Brasil a pesar de su recorrido exitoso por varios festivales.

Afortunadamente la película es más que un alegato político-social bien filmado. El cine ha tratado en varias oportunidades el conflicto entre la poderosa corporación y la resistencia individual a su prepotencia, pero sin duda el mérito principal de Mendonça Filho como autor y director es la construcción del personaje de Clara y su mundo. Aquarius es ante todo un acto maravilloso y sorprendente del retrato, un encuentro largo y sin prisas con una sola persona. A diferencia de su anterior film *O Som ao Redor*, un relato coral que también abordó el tema socio espacial, el temor a la violencia en un condominio de clase media en Recife, donde se cruzaban las personalidades y las distintas percepciones del miedo y la inseguridad entre los vecinos del

lugar, en Aquarius la cámara sigue, desde 1980 hasta el presente, solamente a una protagonista y la sitúa casi exclusivamente en un mismo lugar, el hogar donde Clara vivió sus principales momentos durante las últimas décadas. Ella construyó una familia y una carrera allí. Ella se convirtió en una viuda y una abuela allí. Luchó contra el cáncer de mama y ganó allí.

En cada una de los capítulos en que se divide la película, tituladas, el pelo, el amor y el cáncer, Clara es omnipresente, casi no hay momento donde ella no sea el centro de la escena.

Autora de una monografía sobre el compositor brasileño Heitor Villa-Lobos, es conectora musical con gustos eclécticos y un oído riguroso y apasionado. No es una persona fácil de tratar, pero no se puede negar la fuerza de su personalidad, el alcance de su intelecto o la intensidad de sus apetitos.

La trama principal (la batalla de Clara con la corporación de bienes raíces) parpadea ante nuestra vista, para que podamos pasar tiempo en su compañía. Significa que también conocemos a sus hijos, con quienes mantiene una relación amorosa pero conflictiva, a su sobrino querido, a su ama de llaves, a su mejor amiga. A su admirada tía Lucia, cuyos setenta cumpleaños inicia el primer capítulo. La tía Lucia que en medio de la lectura de unos textos escritos por los chicos de la casa en su honor, se pierde en el recuerdo de algunas sesiones amoratorias del pasado remoto, disparadas por la presencia de un simple mueblecito ubicado en el living. El director logra meritoriamente filmar escenas de sexo con una naturalidad y fluidez que evade los frecuentes derrapes y las dificultades que nuestro cine ha tenido al abordarlo.

El contraste entre las primeras secuencias de su departamento lleno de gente y el presente con un espacio vacío es evidente y refuerza la sensación de quien se aferra a los recuerdos.

A Clara le importan los recuerdos, pero más su independencia, no es conservadora al ultranza, vive el







presente como la alegría de fiestear con sus amigas, la compañía de su sobrino, el nadar y las conversaciones pícaras e ingeniosas con el guardavidas. En diálogo con una periodista demuestra su conocimiento de la tecnología, el streaming, aunque defiende su pasión por el vinilo. No renuncia a la sexualidad, cuando la constructora organiza una orgía en el piso superior con el motivo de asustarla, el resultado es diferente, ella observa casi fascinada y decide dar curso a su propia fantasía.

Es emocionante ver a Clara rechazando las abrumadoras propuestas del desarrollador con una sonrisa de acero, también con su ira y su tozudez lúcida. Clara es una guerrera por la distinción estética, por el pensamiento crítico, por la libertad sexual y creativa, por cosas que no pueden ser compradas, vendidas o indexadas. Y no es alguien a quien quieras enfrentarte en una pelea.

Cada diálogo es preciso y cargado de significado, cuando polemiza con su hija, que también alega el tema de la seguridad para convencerla que venda: "Cuando solo te gusta el vintage y no te gusta lo viejo, en esta ciudad cuando se habla de modernizar, no ves que el tema verdadero son las maniobras del poder que usan falsas ideologías pensando solo en el lucro" o cuando caminando por la playa, señala con ironía como la desembocadura de un desagüe, define el límite entre la parte rica y la pobre de la ciudad.

Mendonça no tiene una mirada complaciente sobre su personaje. Clara es viuda, bien acomodada, y ha cultivado gestos de toda la vida de altivez inconformista, vive de renta, su resistencia esta reforzada por la riqueza que le dejó de su difunto marido. No soslaya su perfil de clase, cuando en el cumpleaños de su empedada, es interrumpida por ella, que le muestra las fotos de su hijo fallecido, no disimula su molestia por quien, siendo subalterna, interfiere su diálogo.

Es difícil pensar una mayor identificación que la lograda por Sonia Braga con el personaje de Clara, que como ella a los 65 años ha envejecido con una belleza natural y seductora. La heroína de la trilogía de Jorge Amado, doña Flor, Gabriela y Tieta, absorbe cada minuto de la película. Ha creado con una fuerza formidable la naturaleza de Clara, una mujer que ha vi-

vido una vida intensa, que aun tiene la capacidad de experimentar el mundo con verdadero entusiasmo y ha encontrado una causa que la motiva y rebela. Braga pone intensamente cada parte de su cuerpo, desde su hermosa cabellera negra hasta sus pies descalzos, en la composición de esta mujer obstinada y maravillosa, que no oculta su seno mutilado. Mas que cargar con el peso de ser un mito símbolo de la belleza y el erotismo, lo re-elabora actualizado con una actuación que ocupa con sensibilidad y fuerza toda la pantalla y mantiene al espectador hipnotizado por su carisma.

Si *O Som ao Redor* anunció la llegada de un nuevo talento al cine internacional, con *Aquarius* Mendonça Filho, ex crítico de cine, no hace más que confirmar sus condiciones. El director-autor pernambucano sabe lo que quiere y lo logra, confirma su notable manejo del espacio y del tiempo cinematográfico, filmando mayormente con planos-secuencia y cerrando varias escenas con bellos fundidos a negro, es técnicamente irreprochable. Logra actuaciones creíbles, sus personajes respiran y el latido se siente en la película.

El sonido y la música ocupan un lugar destacadísimo. Es como Clara de gustos eclécticos desde *Another One Bites the Dust* de Queen, hasta *Hoje*, del cantante y activista Taiguara, el más censurado en la historia de Brasil, pasando por Heitor Villa-Lobos, el MPB y Bethania, que como le dice Clara a su sobrino, escucharla es de las experiencias más intensas del mundo.

Mendonça Filho retoma la tradición comprometida del Cinema Novo de los 60, de Nelson Pereira y Glauber Rocha, de los más recientes Walter Salles (*Estacion Central*) y Fernando Meirelles (*Ciudad de Dios*) y la renueva con temática y lenguaje propios.

En la década del 60 se estrenó en EEUU el musical *Hair* que recreaba la cultura hippie. Su tema principal y emblema generacional se llamaba *Aquarius*, la letra le daba la bienvenida a la hipotética era del mismo nombre, donde abundarían la armonía y la comprensión, la simpatía y la confianza. En la segunda década del siglo XXI, en la era del capitalismo más salvaje, la era del film *Aquarius* significa en la sociedad de hoy, como dijo Mendonça Filho, que el simple hecho de que alguien diga "no", se transforme en un enorme acto político de resistencia.